

**QUE ARDA
ESTA CASA**

**MARIO
DE LA ROSA CON**

**NOSOTROS
DENTRO**

LIBROS CÚPULA

**QUE ARDA
ESTA CASA
CON MARIO
DE LA ROSA
NOSOTROS
DENTRO**

LIBROS CÚPULA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Mario de la Rosa

Primera edición: febrero de 2024

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-4058-1

D. L. B. 15.173-2023

Impresor: Rotoprint by Domingo, S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*



1

SOÑAR Y SER OTRO

—¡Que arda esta casa con nosotros dentro!

Bianca ha pronunciado esas palabras como si no lo hubiera querido decir nunca. Como si una fuerza superior usara su cuerpo y su voz como catalizadores para manifestarse. Presente en el escenario, en la caja negra que conforma ese linóleo, con la autoridad de quien pertenece a ese lugar. Las piernas separadas a la anchura de sus hombros, la pelvis adelantada, el cuerpo arqueado hacia atrás, sostenido por unos brazos en jarras apoyados en la cadera. Esbelta, enérgica y a la vez frágil. Consciente de su vulnerabilidad, que combate desde un instinto visceral. Da la sensación de que la estuviera alcanzando un rayo en este preciso momento y, lejos de romperla, canalizara esa energía para escupir su deseo más profundo. Su alarido es un escorzo del alma que sabe a entrega y rabia, resquebrajando la atmósfera con cada matiz de su presencia y hacer. Así llega a las gradas situadas al fondo de la sala. Con una plasticidad que absorbe al escaso y privilegiado público, impidiendo dejar de mirarla.

—¡Que nazca un niño de fuego!

Resbalan generosas las lágrimas por sus mejillas después de unos segundos de escucha sin respuesta. Rota su cabeza, dibujando un círculo lentamente alrededor del cuello. Cae de rodi-

llas con los antebrazos ofrecidos hacia delante. Parece que la vida se le escape por las muñecas. Hay un actor frente a ella al que nadie ve. Al menos, los presentes hace rato que no reparan en él. Solo tienen ojos para Bianca. Todos hipnotizados en el más respetuoso silencio. Preguntándose si están presenciando, como creen, un momento único y especial. Es muy posible que cuando lleven la función a grandes plazas, con la escenografía correspondiente, algo de esta magia íntima se pierda. Las luces reducen su intensidad hasta apagarse.

Todas menos una. Una luz cenital ámbar que baña a Bianca de pausa dramática. La energía del lugar se concentra en torno a su figura y los presentes pueden sentir cómo ella tiembla. Las primeras notas de un piano empiezan a sonar y, antes de que el chelo lo envuelva todo, da tiempo para unas últimas palabras con sabor a derrota que cierran el acto.

—Pues de tus brasas me prendo. Entre mis llamas me pierdo.

Álex es uno de los privilegiados y no termina de entender lo que acaba de sentir. Su cuerpo ha reaccionado de una manera diferente a todas las reacciones registradas a lo largo de su vida. La mujer del escenario desprende un aura que se va esparciendo por la sala de ensayo, inundándolo todo, hasta llegar a su butaca. Y ahí, con una calma tensa, se reconoce en alerta. A gran velocidad, trata de sopesar todo lo acontecido, contemplando la imagen presente y el poso que va dejando. Descubre que los ojos se le han llenado de lágrimas. No consigue nombrar el sentimiento y eso le incomoda. Sin embargo, decide no pelearse con él. Se da permiso para dejarse llevar por el momento, una práctica antes prohibida que se está convirtiendo en terapia. Ha sentido el vigor de una mujer poderosa. Ha sentido su fragilidad llena de valentía. Ha sentido su dolor, envuelto en un manto de belleza que reside en cada gesto. La calidad de movimiento sumada al latir de un corazón fuerte y entregado. Decide levantarse... ¿o ha sido un acto reflejo? Es-

pera, no sabe si debe aplaudir o guardar silencio. Quiere hacerse notar. Quiere compartir lo que acaba de sucederle. Cuanto menos, hacer ver a la responsable de ello que su emoción le ha llegado. Álex acaba de encontrar un renovado sentido para el significado de arte. Al final no dice ni hace nada. Se queda en pie, en una quietud que solo rompe para cruzarse de brazos, como si debiera protegerse.

La sala se encuentra en el barrio de Carabanchel, exactamente en Carabanchel bajo, territorio que mantiene el nombre del pueblo que fue. Cerca del Hospital Militar Gómez Ulla, entre las estrechas calles colindantes con otras más amplias, que no hace mucho cambiaron sus nombres de generales franquistas por el de políticos democráticos y progresistas. Situada en el patio de luces que compone una manzana de edificios de dos y tres alturas, algunos casi centenarios y todos de clase obrera. Salpicados en parcelas que fueron pequeñas fincas en la posguerra, donde los niños, hoy abuelos octogenarios, jugaban con los perros entre gallinas y conejos que criaban sus padres y proveían de alimento. A día de hoy, se sigue jugando y, aunque el juego ha mutado a través de las artes escénicas, se sigue tratando de lo mismo: de soñar y ser otro.

Al lugar se accede por una puerta de garaje tras la que se encuentra un recibidor. La mesa, las sillas, el tresillo y los sillones que hay en la primera estancia son muebles rehabilitados, quien sabe si de tercera o cuarta mano. Hay un mostrador que hace las veces de oficina y en la pared que hay tras él cuelgan carteles de obras teatrales, ensayadas o estrenadas allí. El lugar es una parada del circuito *off* de la capital. Junto al mostrador sale un pasillo que conduce a la estancia principal, un espacio diáfano de tarima y techos oscuros de más de cinco metros de altura. Las paredes también están pintadas de negro mate y hay pequeñas ventanas opacas en la parte alta. Hay focos y juegos de luces distribuidos por todo el espacio en soportes metálicos. Cortinas gruesas y solemnes colgando perimetralmente de raí-

les, haciendo de la estancia un lugar «hermético» cuando resulta necesario. Dos aseos, ambos mixtos, igual que el vestuario/camerino, donde los actores y actrices comparten preparaciones en ropa interior con una forzada naturalidad. En la parte izquierda, desde el pasillo, están las gradas retráctiles donde Álex sigue en pie, quieto.

Al otro lado de la sala se encuentra el linóleo desde el que Bianca ha hecho soñar y sentir a los presentes. Diecisiete personas también han viajado en ese sueño. Seis compañeros, una pianista, un chelo, el director de la función, su asistente, que también maneja las luces; el escenógrafo, la dramaturga, un representante y tres productores. Estos cinco últimos junto a Álex en las gradas. El momento previo acaba de romperse hace apenas unos minutos. El brillo de algunas pantallas de móviles ilumina la oscuridad de la zona de butacas. El director comparte apuntes y notas con el elenco, especialmente con Bianca, a quien apoya la palma de una mano entre el esternón y la clavícula, tratando de recomponerla y darle cariño. Hablan algo ininteligible para Álex, pero cuando todos se vuelven a mirarlo entiende que hablan de él.

Los músicos comentan notas entre ellos, la dramaturga y uno de los productores comparten impresiones, los otros salen a la calle a fumar. El elenco suelta tensión estirando y soltando algo de vestuario y atrezo. Santiago, el director, es un hombre espigado, cerca del metro noventa, de nariz prominente y con pelo largo y tupido. Viste ropa amplia que se ajusta a su cintura, dotándolo de una elegancia dinámica. Tiene las manos grandes, delgadas y huesudas, y las mueve al hablar como si recreara movimientos de algún sutil arte marcial. Le hace un gesto a Álex para que se acerque.

Lo presenta al elenco como el nuevo coordinador especialista. Ahora todos le observan de cerca, todos menos Bianca, que ha corrido hacia el aseo. Van pronunciando escalonadamente sus nombres llevándose una mano al pecho. Álex retie-

ne el nombre de todos sin esfuerzo, pero cuando Bianca vuelve al grupo, su nombre despierta algo especial en él. Por poco común en España y porque cree que es perfecto para la mujer que lo acaba de deslumbrar. Un nombre en armonía con su tono de piel.

—Alejandro ha venido a cubrir a Fer, al que le ha salido un trabajo en el extranjero y nos ha abandonado. El cine es lo que tiene, que paga bien. Pero bueno, nos ha dejado a Alejandro en su lugar, creo que prefiere que lo llaméis Álex —dice sonriendo el director—, corrígeme si me equivoco. Él nos va a ayudar con esas escenas que implican lucha y caídas para que no nos hagamos daño.

La palabra «lucha» genera inmediatamente un efecto de análisis visual al físico de Álex por parte de todos, suele pasar. A su vez, él solo tiene ojos para Bianca. La joven ronda los treinta años. Es alta, metro setenta y cinco centímetros, y tiene una musculatura definida. Ahora viste unos *leggings* que muestran unos cuádriceps entrenados y luce un top mínimo, casi como un sujetador deportivo color ocre suave. Sus pectorales marcan las fibras insertándose en su esternón y sus pechos, pequeños, muestran sus pezones a través de la tela. Al descubierto queda su vientre, firme, blanco, marcado. Su rostro resulta delicado, de líneas suaves, el mismo color en la tez que en todo el cuerpo, y unos ojos azules que aventuran calma y tempestad a partes iguales. Su cabello rubio apenas roza sus hombros, en una melena alborotada que le da un aspecto nórdico y desenfadado. Bianca despierta en Álex un deseo súbito. Su feminidad elegante, su pose delicada, casi felina, en contraste con las venas marcadas de sus antebrazos y una cicatriz más que visible en el tobillo derecho, que baja hasta su empuje, envuelven al coordinador especialista en unas ganas infinitas de saber y de saborear. Pero ella también mira, reconociendo el cuerpo fibroso y curtido del hombre. De cintura estrecha y de espalda y hombros fuertes. Enfundado en unos

pantalones de escalada y una camiseta de manga larga que se ajusta a su torso y sus bíceps, la prenda no termina de ocultar una cicatriz gruesa que trepa por su cuello. Un cuerpo preparado para la acción, piensa Bianca, y que ha sufrido sus consecuencias, como el de ella. Hay empatía cuando ambos reconocen en silencio sus heridas y la desconocida historia que encierran. Algo a mitad de camino entre la atracción y el respeto es lo que siente la actriz frente a este hombre alto, unos diez centímetros más que ella, moreno de pelo corto y barba cerrada, donde se atisban algunas canas en la perilla y las sienes. Por primera vez se miran a los ojos. Álex trata de mantener el tipo, pero ya sabe que será cuestión de tiempo que ella se dé cuenta. Le gusta mucho.

—Precioso trabajo, enhorabuena —acierta él a decir con gesto sincero.

—Gracias, pero aún queda mucho por ensamblar —contesta ella con naturalidad y autoexigencia—, ya veremos.

2

CUADERNOS DE BITÁCORA

—Amo profundamente a las dos y me sobra amor para una tercera.

Es la reflexión con la que Ethan ha convencido a su mujer, que lleva tiempo deshaciéndose de su marido con excusas y bromas ante la insistencia de este por buscar el niño. Tienen dos niñas, de siete y nueve años, y parecía que ya no había interés por ninguna parte de engrosar la familia. Ella acaba de cumplir los cuarenta años y él tiene doce más. Sin embargo, últimamente, desde que él pasó los cincuenta, desea tener un hijo varón y no sabe explicar, sin caer en frases hechas, de dónde le nace ese deseo.

—¿Y si sale otra niña qué? Tú no sabes hacer más que niñas.

Ahí es cuando él ha pronunciado la frase, suave, sin mirarle a los ojos, cogiéndola de la cintura mientras besa su clavícula. Hace una buena mañana y los rayos de sol, que entran a través de la cristalera de la cocina, calientan sus pieles. Ethan no solo quiere tener un niño, sino que quiere empezar a tenerlo ahora. Su mujer se ha derretido cuando él ha pronunciado esas palabras «me sobra amor...», y lo ha hecho porque sabe que es cierto. El hombre con el que se casó no ha hecho más que mejorar con el

tiempo y se desvive por compartir su felicidad con ella. Sonríe y lo abraza fuerte al tiempo que se sienta en la encimera y abre las piernas. Las niñas pasan el día en casa de los abuelos maternos en Windsor, no muy lejos de allí, así que tienen libertad para darse y sentir sin ser interrumpidos. Casi no se besan mientras lo hacen, pero se miran fijamente con la verdad del hogar en sus ojos. Ethan no tarda en eyacular dentro de ella. Pocos segundos después suena el teléfono. No lo coge.

Viven en una casa unifamiliar en Virginia Water, en el condado de Surrey, a cuarenta minutos en tren del centro de Londres, aunque no es una de las mansiones que se pueden encontrar por allí. Campiña inglesa. Verde y frondosidad por todas partes. Arroyos con saltos de agua. Árboles custodiando los caminos y las carreteras. Pequeños prados salpicados entre los bosques y las casas de ladrillo ocre.

Carpintería de aluminio blanca en contraste con los tejados de pizarra. Chimeneas que hoy descansan ante la tregua del frío y húmedo otoño. Ni rastro de niebla en un día soleado como el de hoy. Calles residenciales donde los coches de alta gama circulan despacio. Preciosos jardines traseros en viviendas de una planta con altillo a modo de buhardilla. Zorros que asoman entre la maleza en las partes menos transitadas, aunque allí sean todas tranquilas, muy tranquilas.

Ethan prepara el desayuno cuando el teléfono suena por segunda vez, mira la pantalla, pero sigue sin cogerlo. Pan de centeno tostado, huevos revueltos con cebollino y tomate picado; beicon y salchichas pequeñas. Té Earl Grey para ella y café americano para él. Suena el noticiero de la BBC en la radio cuando su mujer vuelve del baño envuelta en una bata de seda color champán que armoniza con su piel clara, su escote pecososo y su melena pelirroja. Ethan mantiene el pantalón a cuadros del pijama y el torso descubierto. Es un hombre negro fornido, sobre el metro ochenta. Algo pasado de peso, teniendo en cuenta la espléndida forma física que tenía cuando se conocieron. El

sobrepeso de la felicidad, suele decir cuando ella le recuerda que está cerca de ganar una segunda talla. Él sonríe al verla plácida y aún despeinada.

—Toma, cariño. Tienes que empezar a comer por dos —deja caer, juguetón, con la musicalidad de su acento de Newcastle.

—¿Qué plan tienes esta mañana?

—Tengo una reunión en el club. Es algo importante que haremos de manera informal. Espero que no te importe ir tú sola a por las niñas.

—¿Una reunión en festivo? —pregunta ella, curiosa, mientras unta mantequilla en la tostada.

—Algo excepcional, de última hora.

—Recuerda que hoy comemos en casa de los Truswell.

—Lo recuerdo, por eso lo he arreglado en el club. No te preocupes.

El Wentworth Golf Club es el reclamo y la piedra angular sobre la que gira el día a día de Virginia Water. Uno de los *golf club* más importantes de Inglaterra y del mundo, con una larga historia y una exquisita tradición. Por allí ha pasado, y sigue pasando, lo mejor del deporte de los dieciocho hoyos. Un lugar nutrido de grandes personalidades, aristocracia e insultantes fortunas, que disfrutaban del maravilloso campo de golf, el hotel, el restaurante y los salones de convenciones, la piscina y los campos de entrenamiento. El lugar también cuenta con las instalaciones de lo que llaman Tennis & Health un edificio moderno, en contraste con el palacio del edificio principal, dotado de gimnasio, *spa* y piscina climatizada, más allá de las ocho pistas de tenis exteriores que se divisan desde la cristalera de la cafetería. Allí se dirige Ethan en su Jaguar F-Pace SVR recién estrenado. El teléfono suena por tercera vez. Ni siquiera mira la pantalla en esta ocasión. Lo pone en modo avión antes de bajarse del coche.

A la salida de los vestuarios hay un pasillo que separa el gimnasio del *spa* y la piscina. Con el bañador puesto y el albornoz sobre los hombros, Ethan se dirige al *jacuzzi* que hay al fondo sin titubeo. Solo los ojos más expertos podrían entender que su caminar delata a un hombre que se esfuerza por disimular que viene de abajo, que ha sufrido el rigor, la disciplina y la tortura, tratando de parecer exquisito en sus formas y encajar así con el ambiente del club y su nueva vida. Dentro del *jacuzzi* espera un hombre blanco, de pelo largo cano y cadena de oro al cuello, que al verlo llegar tuerce el gesto y le habla con un inglés neutro y verdaderamente elegante.

—¿Para qué inventaron los móviles si nunca atiendes?

—He llegado a la hora y sabía que estabas aquí. Te puede el ansia.

—Podía haberme pasado algo y te estaba avisando por eso.

—Si te hubiera pasado algo, no serías tú quien me llamaría. Deja de gruñir y empecemos. Tengo planes familiares, recuerda que es festivo —apunta sonriendo Ethan.

—Nunca supimos lo que era eso... Todos los días podían ser el último.

—Te estás volviendo muy reflexivo y con un halo de tristeza importante. Míratelo antes de que la pena te engulla y pierdas la cabeza.

—*Sargent* Rhyss, es usted un capullo con galones..., aunque en eso le sigo ganando. En serio, Ethan —ahora el hombre cambia su rictus, constatando que están lo suficientemente solos para no ser escuchados—, nos han pedido los cuadernos de bitácora. No entienden muy bien la excedencia de un activo top. Ya sabes de quién te hablo.

—Y yo ya te he informado al respecto. No voy a citar a nadie. Seré yo quien dé la cara llegado el caso.

—Como quieras, mientras sirva, a mí no me importa quien dé la cara.

Who dares wins. «Quien se atreve, gana», reza la leyenda en

la banda sobre un machete de combate con alas. Es el escudo del SAS¹ y ambos hombres lo llevan tatuado en el brazo. Ninguno de los dos pertenece al cuerpo a día de hoy. Se siguieron atreviendo, pero bajo otras tutelas y remuneraciones.

1. Special Air Service (Servicio Aéreo Especial), cuerpo de las fuerzas especiales del Ejército británico, dedicado a operaciones especiales y contraterrorismo.